

MAGIA

Se levantó sin prisas y deambuló por la casa sin tarea concreta, esta situación le pareció extraña desde el primer momento.

Al principio no conseguía adaptarse a no ir apresurada en las tareas matutinas para ir a cuidar su nieto, pero en el día veinte de confinamiento ya había conseguido no saltar con prisas de la cama por la mañana, y lo que al principio le pareció un poco de relax en su vida fue tornándose en un martirio para el alma.

Contaba los días, las horas, los minutos, los segundos. Cada fracción de tiempo se le hacía insopportable sin ver aquella sonrisa que la esperaba cada mañana y que hora se le negaba.

Se maldecía a sí misma por no haber querido comprar aquel móvil con más funciones o un ordenador, por no haber aprendido a utilizarlos, no los necesitaba, o eso creyó.

Aquella mañana sonó el timbre, abrió la puerta y encontró un paquetito en el suelo que comenzó a sonar, deslizó su dedo por aquel teléfono como tantas veces había visto hacer a su hija y la magia le devolvió aquella sonrisa que le inundó su corazón.

Dori Calderón